

TENTACIÓN

I PARTE

En su caminar por la gran ciudad, el alma se cruzaba con otros seres espirituales que iban a gran velocidad. De repente Belcebú cogió con sus garras de animal un pincel y lo mojó en su paleta de grises y oscuros colores. En la imaginación del alma comenzó a desfigurar los rostros con que ésta se cruzaba por las grandes avenidas. Belcebú se recreaba pintando horribles expresiones donde antes había desapercibidos rostros. El juego había comenzado. Al alma llegaban imágenes desorganizadas como el desorden que se experimenta en un monumental atasco de tráfico. Y el espíritu comenzaba a sufrir, a sobrellevar un fardo de un peso infinito sobre sus espaldas. La fealdad era antesala del sufrimiento que origina el cargar con toda la imperfección y la maldad que hay en este mundo. El alma caminaba azorada y un tanto desorientada, intentando no perderse. Belcebú jugaba duro. Las expresiones cada vez resultaban más repugnantes y el alma lo soportaba como mejor podía, asida a una invisible fuerza que le venía de lo alto y que en los momentos difíciles aún conservaba. Belcebú intentó rematar la gran odisea. En la imaginación del espíritu dibujó a la misma alma como un niño de blanca piel abandonado en una pocilga de cerdos. Con gran avidez y emitiendo sonidos soeces, le intentaban comer la cabeza al niño.

II PARTE

El alma, como un niño de blanca piel, descansaba en su cuna. Las cálidas manos de Dios mecían el nido cantando una nana de gran hermosura. El niño comenzó a dormirse. En su sueño se dibujó una pesadilla. Éste veía como Dios le retiraba la cuna, cayendo en un infinito y oscuro abismo. En lo más profundo del agujero negro había una enorme y oscura sala de cine. El alma se sentó en la butaca central. Sola, veía cómo se proyectaba en exclusiva para ella una macabra película. Seres sin rostro, fantasmales, vagaban sin rumbo entre las tinieblas y sumidos en un profundo autismo. El tormento que vivían crecía cada vez más haciendo de reloj de arena en la eternidad. Las tinieblas los envolvían en una oscuridad en la que sólo se veían como zombis vivientes. El alma ante esta visión sufrió como nunca había sufrido. Pero en un determinado momento se oyó la voz divina. Dios había comenzado a cantar de nuevo su hermosa nana. Y el alma, como una sirena, respondió al canto divino. Una enorme fuerza, la fuerza del amor de Dios, atrajo al alma hacia la superficie. Ésta, emergiendo del profundo océano en donde se había sumergido, contempló la belleza de un nuevo paraíso.